

<http://www.guerrillero.cu/index.php/mujer-cubana/7042-heroínas-que-nunca-van-a-los-libros>

[Heroínas que nunca van a los libros](#)

Creado en Miércoles, 22 Abril 2015 15:18

Escrito por **Ramón Brizuela Roque**

Hay héroes y heroínas que nunca van a los libros, los protagonistas cotidianos, los de pequeñas hazañas que a lo largo de la vida se convierten en grandes, porque es la suma del esfuerzo, el amor y la dedicación por lo que hacen.

Regularmente no son doctores ni académicos, tampoco profesionales con estudios acabados, sencillamente gente del pueblo que escogieron un oficio y se entregaron enteramente.

Irene Arronte Margolles es uno de esos ejemplos, con 90 años recién cumplidos y solo atesora los recuerdos, sus relatos y un infinito agradecimiento a la Revolución, para la que siempre trabajó y hace menos de un año se acogió a la jubilación.



Irene Arronte Margolles

Desde su puesto de simple empleada salvó vidas, reconfortó a madres en momentos de peligro para sus hijos, quizás la intensa miseria de su infancia la hicieron así, por eso, lejos de un intercambio de preguntas y respuestas, enciendo la grabadora y dejó que fluya su conversación como si fuera un epílogo de su vida.

La infancia

Mi infancia fue muy triste, nací en las Minas de Matahambre en 1925, mi madre Elena lavaba para las familias de los americanos y mi padre Guillermo era minero; cuando yo tenía 10 o 12 años el murió, lo sacaron de un pozo que estaba perforando y duró tres días, dicen que fue una pulmonía.

Cuando vinimos para Pinar la cosa nos fue menos mal, fue una infancia difícil al quedarnos huérfanos, teníamos que seguir lavando.



Con la nuera Yadira Pérez Garriga y la bisnieta Alejandra Ledesma.

¡Que va hijo!, ojalá hubiera podido estudiar. Mi hermano se ponía y cogía un reloj y lo arreglaba o una plancha, sin embargo no pudo estudiar nada porque la pobreza no lo permitió y el lloraba y lloraba, porque le gustaba la escuela.

En la ciudad tuvimos una mejor suerte, luego con la Revolución comencé a trabajar en el hospital para niños donde está el Ciro Redondo... ya yo estaba casada. Tenía hijos y todo.

El jefe nuestro era el doctor René Hernández, aquello se inauguró con él en 1966, me parece, y luego en 1969 pasó para el Pepe Portilla, que había sido la Colonia Española.

Con ese cambio empezamos a tener de verdad un Hospital Provincial de Pediatría para los niños...yo allí preparaba de todo tipo de fórmulas: trabajamos con leche de vaca, evaporada, maternizada y con leches industrializadas que aquí no existen, aparte de la formula basar de carnes, de pollo, eso según la enfermedad que tuviera el niño.

Etapas proletaria

Los médicos mandaban la orden al banco de leche y nosotros trabajábamos directamente con ellos, algunos se han ido, otros han fallecido, pero el que siempre estuvo junto a nosotros fue el doctor René Hernández, director, también Severino Puentes, el subdirector que trabajó hasta que murió, al igual que el doctor (Luis) Alfano, que era mi secretario del Partido.



Sus 90 años solo han sido para servir

Algunos se fueron por política, otros por diferentes razones, hubo uno que tenía amistad conmigo y me comentó que se iba, recuerdo cuando me dijo: Yo sé que tú eres revolucionaria y no te va a gustar "pero yo me voy porque no tengo zapatos que ponerme..." Bueno era su decisión.

Como había participado en la lucha clandestina con Aida Cándano, que ya murió y Alicia Pérez... muchas ya fallecieron. Y cuando triunfa la Revolución comencé a trabajar, le pedí permiso a mi esposo Alfonso Ledesma, que era guaguero, antes era así.

Mi hijo también se llama Alfonso, además de Marielena y María Josefa, (esta última, la menor, también fallecida).

Yo vivo sola, me lo hago todo. Sí, cumplí 90 años el cinco de abril último. Nunca quise dejar mi casa, ellos quisieran que viva con ellos, la de La Habana está loca porque vaya, ellos tiene una situación económica bastante buena, pero no.

El proceso en el Partido comenzó en 1969, pero no fue hasta 1970 que me dieron el carné. Les voy a decir algo que es bueno que conozcan: cuando me hicieron el proceso mi esposo era masón - toda la vida lo fue - y al resumir usted sabe... En la reunión fui muy sincera y dije: Miren la revolución la adoro, nunca la voy a dejar de defender, pero hay una cosa, yo tengo tres hijos y él es masón, pero no estará muy lejos el día que entiendan que la masonería no está contra una revolución como la cubana, que es para ayudar.

Hay que preguntarle a René

Si usted quiere saber cómo se trabajó hay que preguntarle a René, se entraba al centro y no sabía cuando saldría, yo era la secretaria del sindicato y él me llamaba:

"díganle a Irene que venga acá un momentico"; salía del banco y me decía, yo sé que no hay quien limpie, pero estoy terminando aquí y voy a limpiar la dirección y el pasillo.

El cogía su cubo y le decía, ¡pero doctor que cosa es eso!, por lo que más quiera, deje que nosotros lo hacemos y nos respondía: si ustedes son igual que yo. Ustedes son igual que nosotros, Bencomo y Baldo en el laboratorio son técnicos y ustedes del Banco de leche también... y lo hacen.

De cierta manera no éramos técnicas con título, pero para él sí, porque lo hacíamos todo con amor, estaba tranquilo porque el banco nunca le había dado guerra. Pero aún así le teníamos tremendo respeto, él quería todo al mundo, pero era muy respetuoso.

Siempre tuve muy buena salud, pero hace menos de un año comencé a padecer de hipertensión. A casi todos les ha dado por la medicina, mi hija es enfermera, aunque ya no trabaja, y mi nieta está en quinto año de Medicina, ellos querían que fuera para allá, mi yerno también, pero me quedo aquí.

¿Mis entretenimientos? Limpiar la casa, lavar mi ropita, ayudar a la del CDR en todo lo que haga falta, yo amo tanto la Revolución que la defiendo en cualquier campo. Yo entiendo que han pasado cosas malas, dirigentes que se han equivocado, pero no le permito a nadie que me hable mal de mi revolución. No quiero traicionarla ni siquiera con el pensamiento.

A los que se van, les digo cuando viran ¿Cómo te fue...? Yo tengo una sobrina que se fue para vivir muy bien, resulta que ahora vive peor, porque aquí tenía un título, trabajaba en una oficina y ahora lo que haces es limpiar en una clínica.

¿Reconocimientos? Fui vanguardia nacional, y era raro que hubiera algo en el Pediátrico y que no se me hiciera un reconocimiento; ahora viene algo cómico... me dieron una moto, yo tuve una berjovina, pero se la di a mi hijo. Yo no la quería, pero mi jefa empezó: Irene vamos a pedirla, porque usted tiene que ir al pre a ver a Yurisan y que su hijo la lleve.

De lo jocoso a lo dramático

Una vez tuvimos el caso de un niño que el médico me dijo, Irene, está más de la parte de allá que la de acá, te haces cargo de él, tienes que garantizar que se alimente y sobreviva, yo doy las instrucciones pero tu ejecutas.

Yo todos los días iba a la sala de gastro, nunca se me va a olvidar la cama cinco y yo le preguntaba a la mamá.

El doctor René Hernández nos enseñó mucho, verdaderamente nos educaba. Él cuando llegaba al hospital por la mañana no iba para la Dirección, seguía para las salas, las recorría todas. Y él no miraba para el niño, miraba a la cara de la madre, porque según la madre tuviera el rostro, él sabía como estaba. Dice que nunca nadie sabe más de la gravedad de un niño que la madre.

Y yo, antes de comenzar a trabajar en las fórmulas, visitaba la cama cinco, pero no le decía a la mamá que yo las hacía.

Al final me pasó lo más lindo que puede suceder. Un día salía del hospital como a las cuatro y pico, venía una señora con un niño grande, muy bonito, bien vestidito, se me queda mirando y le dice al niño: "Mira nené, ella fue la que te salvó la vida" y después me dijo a mí: "Sepa, que desde aquello yo tengo que hacer cada noche una oración por usted y siempre lo haré, porque salvó a mi hijo, sin ni siquiera conocernos" Ellos, creo, eran de San Juan y Martínez.